

Joe Hill: Sindicalismo con banda sonora

Carlus Jové

(Nota: este texto, revisado únicamente por el autor, podría tener alguna ligera variación respecto a la edición de Viejo Topo en la colección Retratos, 2006. Para cualquier uso público del texto, consultar previamente al autor. correu@carlusjove.net
© de la edición, Ediciones de Intervención Cultural/El Viejo Topo)

En memoria de Tani Escobar y Óscar Asensio, compañeros para siempre.

Agradecimientos

Este libro no hubiera sido posible sin el apoyo de numerosas personas que son muy importantes en mi vida, ya sea en el amor, la amistad o la política. Podría grabar vuestros nombres para siempre en estas páginas, pero prefiero grabarlos en mi corazón y en el día a día.
Os quiero.

Introducción

Salt Lake City no es sólo conocida por sobornar al Comité Olímpico para poder celebrar los Juegos de Invierno del 2002. Esta ciudad estadounidense también fue donde Joe Hill vio la luz por última vez antes de ser ejecutado, acusado sin apenas pruebas concluyentes de un crimen que él siempre negó haber cometido. El tiempo que duró su proceso judicial estuvo marcado por fuertes protestas en todo el país e incluso provocó tensiones entre el gobierno federal estadounidense y el sueco por un lado, y el del estado de Utah por el otro. En su funeral, más de 30.000 personas se manifestaron para honrar la vida y obra del que ya se había convertido en un mito y voz de la clase trabajadora de EEUU.

Pero, ¿quién fue este personaje capaz de provocar tanto revuelo?

Para la mayor parte de la gente el nombre de Joe Hill puede no significar nada. Sin embargo, si preguntamos a cualquier sindicalista estadounidense seguro que el nombre le resulta, como mínimo, familiar. El legado musical de Joe Hill en ese país, a pesar de no ser su tierra natal, ha pasado de generación en generación y forma parte de la tradición musical obrera de Estados Unidos. Sus canciones han sido editadas por varios sindicatos; reconocidos cantautores como Woody Guthrie y más actualmente Billy Bragg han interpretado sus temas en más de una ocasión.

A pesar de la gran divulgación de sus canciones en los países de habla inglesa y en su propio país, Suecia, la realidad es que su trayectoria musical y personal pasa bastante desapercibida. Sin embargo, también podemos encontrar múltiples referencias a su obra continuamente. Bandas actuales de rock sueco como Refused o Randy han utilizado canciones o versos en sus discos. Incluso la serie de dibujos animados *Los Simpsons* le hizo un guiño en una ocasión al llamar a un conductor de tren Casey, nombre que Hill puso a un maquinista esquí en una de sus canciones. Otro ejemplo ilustrador es la utilización por parte de la Confederación Nacional de Trabajo (CNT) de una frase de Hill a modo de eslogan, “no te lamentes, organízate”, en los años setenta y ochenta. Incluso el expresidente de Estados Unidos, Bill Clinton, le rindió tributo en una ocasión, seguramente sin saberlo, cuando utilizó la expresión “*pie in the sky*”, creada por el mismo Joe Hill como verso de su canción *The preacher and the slave*.

Todo esto nos puede mostrar hasta qué punto puede ser interesante conocer la historia de Joe Hill, y más teniendo en cuenta que ésta va íntimamente ligada al desarrollo de la Industrial Workers of the World (IWW), primera central sindical estadounidense en desafiar abiertamente al capitalismo y en plantear una lucha unitaria de los trabajadores, independientemente de su género, raza o calificación profesional.

No obstante, hacer una biografía de Joe Hill puede resultar una tarea algo complicada. Él mismo decía que era un ciudadano del mundo, alguien que había nacido en un lugar llamado planeta Tierra y que los detalles no importaban mucho. Su afición a ocultar los datos sobre su propia vida nos fuerza a hablar de él en base a la información proporcionada por otras

* Esta expresión, que literalmente significa “pastel en el cielo”, hace referencia a la recompensa divina tras la muerte. Joe Hill la utilizó a modo sarcástico para criticar que la religión ofrece la salvación eterna pero no se preocupa de mejorar las condiciones de vida en la Tierra.

personas, lo que puede suponer una falta de rigor en ocasiones. Pero ésta no pretende ser una biografía escrupulosa ni minuciosa. Lo que aquí intentaremos mostrar es cómo la vida de una persona se vinculó a la lucha de una época y cómo su obra, en este caso musical, influyó en el desarrollo de los acontecimientos transformándose en una parte más de ellos, seguramente la menos dramática.

Casi todas las luchas que han intentado cambiar el mundo se pueden relacionar con una canción o cualquier otra manifestación artística. Ahí están la *Internacional*, la canción de los partisanos italianos *Bella Ciao* o los himnos populares anarquistas *A las barricadas* e *Hijo del Pueblo*, que inundaron las calles de Barcelona durante la revolución de 1936. La música une, emociona, transmite sensaciones e ideas. El arte no es sino un reflejo de la sociedad y del momento en que nace.

¿Fue Joe Hill un cantautor con alma revolucionaria o fue, por el contrario, un revolucionario con alma de cantautor? Podríamos dedicarnos a especular sobre este tema a lo largo y ancho de este librito, pero sería una pérdida absoluta de tiempo. Lo único que nos importa aquí es que, indiscutiblemente, su vida y obra se pusieron al servicio de la emancipación de la clase trabajadora y que contribuyó, en lo que pudo, a hacer de éste un mundo más libre y justo. Todo lo demás es materia de discusión para noches de insomnio.

El sueño americano

Joe Hill nació dos veces. La primera de ellas fue en Gävle, un pueblo de la costa este sueca, en octubre de 1879. En esa ocasión, sus padres, Margareta y Olof, le bautizaron con el nombre de Joel Emmanuel Hägglund.

El pequeño Joel creció en una familia humilde y sólo cinco de sus ocho hermanos sobrevivieron. Durante la infancia tuvo sus primeros contactos con la música en la iglesia luterana, donde sus padres mantenían una cierta actividad. Allí se familiarizó con instrumentos como la guitarra y el piano. En estos mismos años compuso sus primeras canciones sobre su familia y actuó en algunos locales del pueblo, entre ellos el de la asociación obrera de la que su padre, un conductor de tren, era miembro.

Con tan sólo ocho años Joel perdió a su padre en un accidente de trabajo, cosa que obligó a todos los hermanos a dejar la escuela e ir a trabajar para mantenerse. Joel empezó en una fábrica de cuerdas y más tarde se empleó como carbonero en las máquinas de vapor de una empresa de la construcción. Pero con doce años tuvo que ir a Estocolmo para tratarse una tuberculosis que le afectaba piel y articulaciones. Allí trabajó para pagarse un tratamiento a base de radiaciones que no funcionó, teniendo luego que pasar por una serie de operaciones de piel que le dejaron cicatrices en el cuello y la nariz.

Meses después la madre de Joel, Margareta, murió tras una larga enfermedad. El fallecimiento hizo replantear la situación a Joel y uno de sus hermanos, Paul, que juntos decidieron viajar a Estados Unidos donde, decían, arrancarían oro de las calles. Era el año 1902 y Joel y Paul simbolizaban, junto a millares de europeos más, el deseo de emprender una nueva y mejor vida en la que parecía ser la tierra prometida. Hoy en día Suecia es uno de los países europeos con la renta per capita más elevada y con mejor nivel de vida. Sin embargo, hasta aproximadamente la mitad del siglo XIX era un país más bien pobre donde cerca de la mitad de su población vivía de la agricultura. Con la relativa mejora generada por la industrialización de los sectores de la madera y el acero hubo un fuerte aumento de la natalidad, pero debido a la imposibilidad de la economía sueca para absorber este creciente número de población, muchas personas se vieron forzadas a emigrar, principalmente hacia Estados Unidos. De hecho, los hermanos Hägglund fueron dos de los 1.300.000 suecos que se calcula emigraron entre 1865 y 1914.

Pero la realidad en EEUU era bastante distinta a lo que se decía. Los inmigrantes que llegaban eran usados como mano de obra barata, a veces inducidos por compatriotas que actuaban como agentes de trabajo, hacían la mediación con el patrón y se quedaban con una parte del salario. Así pues, muchos trabajadores emigraban sabiendo que una vez en EEUU podrían encontrar estos contactos. El proyecto migratorio la mayoría de las veces no incluía el quedarse a vivir en el país de destino, sino que tan sólo era una forma de conseguir dinero para enviar a casa y poder regresar años más tarde. Otras veces este mismo dinero servía para pagar el pasaje a más miembros de la familia y poco a poco instalarse en el nuevo país. Las dificultades con las que topaban estos trabajadores desvelaban que el “país de las oportunidades” no lo era para todas las personas.

Joel y Paul llegaron a la Isla de Ellis, Nueva York, sin nada en los bolsillos. Allí tuvieron trabajos duros en los que apenas ganaban dinero, y en algún momento Joel decidió abandonar la ciudad de Nueva York y tomar la carretera.

Pero antes decidió nacer por segunda vez y cambió su nombre adoptando otro de sonido más “americano”, Joseph Hillstrom. Este cambio de nombre también supuso un importante cambio de rumbo en su vida, aunque no una ruptura con sus raíces. Los años que estaban por venir convertirían a Joseph Hillstrom en Joe Hill, nombre con el que se identificarían centenares de miles de trabajadores y trabajadoras de todos los rincones de Estados Unidos. Así nos referiremos a él a partir de ahora.

Poco se sabe de la vida de Hill durante los siguientes ocho años. En 1905 mandó una tarjeta de navidad a sus familiares con sello de Cleveland, Ohio. Sabemos que estuvo en San Francisco durante el terremoto de 1906 ya que envió un artículo para el periódico de su pueblo natal. Pero cualquier dato sobre las vivencias que pudiera tener nos es desconocido debido a su costumbre de no hablar de cuestiones personales. Se especula que se dedicó a viajar por EEUU trabajando en distintos oficios y llevando una vida de *hobo*, es decir, completamente nómada y “viviendo de prestado”. El mito dice que en este período de su vida se convirtió en todo un experto en subir a trenes en marcha para poder viajar gratis y que su agilidad para hacerlo era impresionante.

Mientras se dedicaba a deambular por el país, importantes sucesos estaban teniendo lugar. El nivel de racismo en EEUU estaba aumentando considerablemente a consecuencia de la acción de organizaciones conservadoras que veían en las migraciones masivas un mal para la patria. En el Congreso se hacían propuestas para cerrar las puertas e impedir la llegada de nuevos inmigrantes europeos. El administrador del Museo Nacional de Historia de Nueva York, Madison Grant, declaró:

Puede ser que adopten el idioma del Auténtico Americano. Podrán vestir sus ropas, le podrán robar el nombre (...) y están empezando a tomar a sus mujeres. Pero raramente adoptan su religión o entienden sus ideales.

Ésta era la visión de la clase dirigente y de los sectores más reaccionarios de la sociedad estadounidense. No era tan solo reflejo del racismo, sino también del machismo imperante que consideraba a las mujeres propiedad de los hombres y que no podían decidir sobre sus relaciones amorosas. Sin embargo, tal visión también se fue introduciendo entre los sectores más desfavorecidos de la población, que, influenciados por sus dirigentes políticos, empezaron a percibir a los inmigrantes como un peligro potencial para su modo de vida. Frases como “nos invadirán” eran bastante corrientes incluso entre los escolares. Este sentimiento provocaba que a veces la violencia contra determinados grupos de inmigrantes se manifestara por motivos absurdos. Helen Papanikolas, de origen griego y experta en inmigración en EEUU, comentó en una entrevista acerca de la situación en aquellos años:

Un joven griego fue visto paseando por la calle con una chica americana, y tuvo un encontronazo con el sheriff, que disparó al joven. Todo South Omaha se levantó y quemó el barrio griego, mataron a un chico de catorce años, y los griegos no tuvieron donde ir.

Estos sucesos, que ocurrieron en la ciudad de Omaha en 1909, son tan solo un caso, quizás de los más extremos. Los inmigrantes vivían una realidad muy

dura: estaban excluidos de los trabajos bien remunerados, padecían acoso por relacionarse con chicas americanas, eran detenidos acusados de vagabundear, sus publicaciones en idiomas extranjeros eran perseguidas, etc. Desgraciadamente, algunos de los sindicatos más importantes de aquellos momentos, como la American Federation of Labor (AFL) no estaban interesados en organizar a los inmigrantes. En su opinión, los inmigrantes eran trabajadores poco cualificados que trabajaban por salarios más bajos y que fácilmente podían ser usados como esquirolas. En realidad, la AFL tampoco trataba de organizar a los trabajadores nativos no cualificados. Sus miembros solían ser trabajadores blancos, hombres y cualificados. Sus sindicatos eran de oficio y su lucha puramente económica. En palabras de H. Papanikolas, se consideraban una especie de “aristocracia obrera”. Su dirigente, Samuel Gompers, intentaba justificar su posición con argumentos como que ellos “no debían interferir en los asuntos del Sur, algo que sus habitantes mismos tenían que solucionar”, refiriéndose a la situación de los negros. Como el historiador Howard Zinn comenta en su libro *La otra historia de los Estados Unidos* “el racismo le resultaba práctico a la AFL. La exclusión de mujeres e inmigrantes también. Todos ellos eran mayoritariamente trabajadores y trabajadoras no cualificados, y la AFL, confinada mayoritariamente a los trabajadores cualificados, estaba basada en la filosofía del sindicalismo de empresa”, consistente en reivindicar mejoras para un cierto grupo de trabajadores sin tener en cuenta las del resto de la clase.

Durante esos años también se estaban produciendo cambios en las formas de trabajar. Algunas de las más grandes empresas estadounidenses pasaban por un periodo de crisis y buscaban nuevas formas de reducir sus gastos y aumentar la productividad. Durante el cuarto del siglo anterior, el ingeniero Frederick W. Taylor había estado estudiando la sistematización del trabajo a partir del cronometraje de los procesos de producción y su división en tareas para así disminuir el tiempo de ejecución. En 1902, Henry Ford abrió su primera fábrica de automóviles fabricados en serie, sistema conocido como *taylorismo* o *fordismo*. Este cambio no tan solo mejoraba la producción, ahora más rápida y eficiente, sino que también hacía a los trabajadores intercambiables y permitía rebajar las condiciones laborales. Además, toda su iniciativa individual y su capacidad artística quedaba automáticamente negada por un proceso fuertemente especializado, segmentado y cerrado.

Pero no todo eran buenas noticias para los Rockefeller, los Morgan o los Ford. Las luchas obreras se multiplicaban y los sindicatos no dejaban de crecer en número. Aún a pesar del elitismo de la central AFL, en las luchas de sus bases existía cierta tendencia a la unidad y a la inclusión de los trabajadores inmigrantes. Otros sindicatos más pequeños como la Western Federation of Miners (WFM) lideraban fuertes luchas en la industria minera, una de las más duras y peligrosas. Uno de los ejemplos más dramáticos de lo que suponía el trabajo en las minas es el desastre ocurrido en el pueblo de Scofield, Uta, donde más de 200 trabajadores, algunos de ellos niños, murieron en un accidente. Algunas familias llegaron a perder hasta once miembros. Muchos inmigrantes, Joe Hill entre ellos, pasaron en un momento u otro por las minas, ya que sus agentes de trabajo viajaban a Europa en busca de trabajadores con la promesa de altos sueldos y alojamiento a cargo de la empresa. La mayoría de ellos eran utilizados como esquirolas. Sus vidas eran a menudo casi propiedad de la empresa, ya que vivían en pequeños poblados llamados

company towns (aquí conocidos como colonias) donde todo era propiedad de la empresa, incluidas las casas y tiendas. Su vínculo con el empresario era tal que resultaba difícil organizarse para pedir mejoras, pues todo su tiempo estaba dominado por la misma persona. Aún así, los mineros realizaron importantes luchas y uno de sus líderes, el carismático Bill “Big” Haywood, se convertiría en una figura importante del movimiento obrero y en íntimo amigo de Hill.

En 1905, el movimiento obrero estadounidense dio un paso importante. Después de un par de encuentros entre algunos de los miembros más destacados y activos del movimiento obrero, empezó un congreso para conformar la que sería la central sindical más combativa de las décadas siguientes, la Industrial Workers of the World, que además de liderar algunas de las luchas más duras, también se convirtió en un importante referente para toda la izquierda y en el elemento clave durante los cinco últimos años de la vida de Joe Hill.

Bill “Big” Haywood

Bill Haywood nació en 1869 en Salt Lake City, ciudad donde murió. Desde los diez años trabajó en las minas para ayudar a la economía familiar, y se afilió a una federación sindical, la Western Federation of Miners, en la que llegó a ocupar cargos de responsabilidad al cabo de pocos años. Fue uno de los más destacados organizadores entre los mineros y en 1905 participó en la creación de la IWW. Fue miembro del American Socialist Party, del que fue expulsado por su apoyo a métodos de la IWW como el sabotaje y la acción directa.

En 1918 fue juzgado junto a un centenar de militantes de la IWW por desobediencia a la Ley de espionaje debido a sus actividades contra la Primera Guerra Mundial. Fue un destacado orador y un gran promotor de la huelga general como táctica para acabar con el capitalismo. En un conocido discurso pronunciado en Nueva York en 1911 habló sobre la huelga general: “Si los trabajadores se organizan sólo tienen que ponerse las manos en los bolsillos y los capitalistas están acabados. Sólo tenemos que organizar a los trabajadores para que se pongan las manos en los bolsillos, porque entonces los capitalistas no podrán poner las suyas dentro.”

Durante los últimos días de vida de Joe Hill, ambos mantuvieron una fluida correspondencia.

Un gran sindicato

El 27 de junio de 1905 Bill Haywood, inauguró un congreso obrero con unas palabras que anticiparon el resultado final:

Compañeros trabajadores (...) Este es el Congreso Continental de la clase trabajadora. Estamos aquí para confederar a los trabajadores de este país en un movimiento obrero que deberá tener como propósito la emancipación de la clase trabajadora de la esclavitud del capitalismo (...) Los fines y objetivos de esta organización deberán ser que la clase trabajadora tome posesión del poder económico, los medios de vida y el control de la maquinaria de producción y distribución, sin respetar a los amos del capitalismo.¹

Así se fundaba la Industrial Workers of the World (IWW), cuyos miembros eran conocidos como *wobblies*, la primera central que rompió con el sindicalismo economicista de la AFL y se posicionó claramente contra el sistema capitalista. El preámbulo de la constitución que salió del congreso empezaba de la siguiente manera:

La clase trabajadora y la clase capitalista no tienen nada en común. No puede haber paz mientras millones de trabajadores padezcan el hambre y la necesidad y la minoría, que constituye la clase capitalista, tenga todos los bienes de la vida.²

Tres años más tarde, en 1908, el cuarto congreso introduciría algunos párrafos nuevos para reforzar el aspecto revolucionario de la organización:

Entre estas dos clases debe emprenderse una lucha hasta que los trabajadores del mundo se organicen como una clase, tomen posesión de la tierra y la maquinaria de producción, y terminen con el sistema salarial.

[...] Es la misión histórica de la clase trabajadora acabar con el capitalismo. El ejército de la producción se debe organizar, no solamente para la lucha diaria contra los capitalistas, sino también para llevar adelante la producción cuando el capitalismo sea derrocado. Organizándonos industrialmente estamos formando la estructura de la nueva sociedad en el caparazón de la vieja.³

Entre los delegados que acudieron al primer congreso de la IWW había líderes reconocidos del movimiento obrero como Eugene Debs, miembro del Socialist Party of America y candidato varias veces a la presidencia del país; Mary "Mother" Jones, una anciana con una larga tradición de lucha en el United Mine Workers of America; Lucy Parsons, activista obrera con muchos años de experiencia y viuda de uno de los ejecutados durante los sucesos de Haymarket en 1886, etc. A pesar de las diversas ideologías presentes en la convención –había socialistas, anarquistas y sindicalistas revolucionarios– la organización que se creó contaba con una generación de activistas formados durante años de duras peleas que enseguida se pusieron en marcha para llevar a cabo su tarea revolucionaria.

Durante los primeros años de vida de la organización, se llevaron adelante luchas importantes como la de las ocho horas para los camareros y trabajadores de hotel de Goldfield, Nevada; en 1907, 3.000 trabajadores y trabajadoras textiles fueron a la huelga durante cuatro semanas para mejorar sus condiciones; el mismo año en Portland, Oregon, otros 3.000 trabajadores

consiguieron la jornada de nueve horas tras una huelga de seis semanas, un conflicto que dio gran fama a la IWW. En 1909 se emprendió uno de los conflictos más duros cuando 8.000 trabajadores de la Pressed Steel Car Company mantuvieron una huelga de once semanas en la que hubo fuertes enfrentamientos y varios muertos. En esta lucha estuvieron implicados trabajadores de dieciséis nacionalidades distintas, algo que sería habitual en la IWW.

A diferencia de la AFL, la IWW trataba de organizar a todos los trabajadores y trabajadoras conjuntamente. Como escribió Joe Hill en la canción *What we want*:

Queremos al chatarrero, al carnicero y a la criada,
Queremos al hombre que pone suelas,
Queremos al hombre que cava agujeros
Queremos al hombre que sube a los postes,
Y al camionero, al basurero y al asalariado,
Y a todas las chicas y empleadas de la fábrica,
Sí, queremos a todos los que trabajan
En un gran sindicato.

Su principal eslogan era “un gran sindicato”, y sus esfuerzos se dirigían principalmente a todos aquellos sectores que quedaban marginados por la AFL: trabajadores inmigrantes, mujeres, trabajadores no cualificados y *hobos*. Esto podía presentar dificultades en ciertas ocasiones, ya que la diversidad de idiomas podía entorpecer la comunicación y el entendimiento. Sin embargo, los dirigentes de la IWW se las ingeniaban para que ello no resultara un problema, y publicaban periódicos en varios idiomas y ponían traductores en los mítines. Cuando no era posible, se limitaban a hablar en un vocabulario tan básico que fuera entendible incluso para la persona con el más mínimo conocimiento de inglés. Su énfasis en la unidad de la clase era tan fuerte que no se rendían ante ninguna dificultad. De hecho, la IWW fue una de las primeras organizaciones revolucionarias estadounidenses en plantear seriamente la unidad de lucha entre distintas nacionalidades. Lo más habitual hasta el momento era que los diferentes grupos de inmigrantes se organizaran en grupos propios y tuvieran publicaciones en su propio idioma. Si leemos, por ejemplo, la autobiografía de la anarquista Emma Goldman, *Viviendo mi vida*, nos relata cómo durante años estuvo militando en grupos rusos o alemanes, que hasta muchos años después no establecieron contactos con grupos autóctonos, a los que incluso percibían como reacios a las ideas revolucionarias. Esto nos da una pequeña idea de la fragmentación existente en la sociedad norteamericana entre autóctonos e inmigrantes.

Joe Hill no estuvo presente en todos estos eventos. Sus contactos con la IWW no se iniciaron hasta 1910, cuando se encontraba trabajando en el puerto de San Pedro, California. Allí contactó con el grupo local de la IWW, del que pasó a formar parte y a participar en sus actividades. Sus primeros escritos en las publicaciones del sindicato *Solidarity* e *Industrial Worker*, hablan de cómo la policía trataba a los trabajadores, de que había aparecido una persona apaleada en la cuneta de una carretera, es decir, temas que denotan un despertar en la conciencia política. A partir de este momento, podemos decir que la vida de Hill fue íntimamente ligada a la de la organización y que todos sus esfuerzos se dirigieron a tratar de animar las luchas y a propagar el asociacionismo obrero a través sus canciones.

El estilo de Hill consistía en cambiar las letras de canciones populares de la época y remplazarlas por textos satíricos para así llegar incluso a aquellas personas que tenían poco conocimiento del idioma. Sus primeras letras tratan problemáticas tan habituales como la relación con los agentes de trabajo, a quienes la IWW apodaba “tiburones”. Así lo hizo en *Coffee an’*:

El otro día fui a ver a un tiburón
y me dijo “entra y cómprame un trabajo”,
tan sólo unos pocos dólares, para los honorarios,
el empleo es fijo y el billete gratis.

[...] Cuando el dependiente comenzó a contar, ¡dios mío!
Carretera, escuela y peajes y tasas hospitalarias.
Me mareé y casi perdí el sentido
cuando el dependiente dijo: “me debes cincuenta céntimos”.

Cuando volví al pueblo con ampollas en los pies
oí a un compañero hablando en la calle
Y decía: “es culpa de los trabajadores.
Si se organizaran se quedarían con todo lo que producen”.⁴

Esta manera de componer hacía que las canciones de Hill pudieran ser cantadas incluso por quien no las hubiera escuchado antes. Al tratarse de melodías conocidas, todo el mundo estaba familiarizado con la entonación y eran la banda sonora perfecta para huelgas y protestas. La IWW utilizaba el recurso de las canciones como una estrategia para llegar a una audiencia determinada. Periódicamente publicaba un cancionero, el *Little Red Songbook*, donde se recogían las últimas creaciones de los cantautores afines a la organización. Por él también pasó Ralph H. Chaplin, amigo de Hill y autor de la emblemática *Solidarity Forever*:

Cuando la inspiración del sindicato
corra por la sangre de los trabajadores
no habrá fuerza más grande en ningún lugar bajo el Sol.
¿Y que fuerza en la tierra es más débil
que la débil fuerza de uno solo?
Pero el sindicato nos hace fuertes.⁵

Para la IWW había ciertos temas que eran intocables. Uno de ellos era la unidad de la clase en la lucha. Su desprecio hacia la AFL no se debía únicamente a su elitismo a la hora de organizar tan solo a ciertos sectores de la clase trabajadora, sino también por su propia estructura, que consideraban insolidaria de por sí. A diferencia de la AFL, que se organizaba por oficios, la IWW lo hacía por ramos. Esto significa que, delante de un conflicto, todos los trabajadores y trabajadoras de una misma industria tomaban parte en solidaridad. Si en una misma fábrica o empresa trabajaban carpinteros, metalúrgicos y pintores, ¿porqué deberían estar organizados en tres sindicatos distintos? Lo más lógico, argumentaban, era que todos formaran parte de una única sección de la industria. De lo contrario, decían, si los carpinteros estaban en conflicto y los metalúrgicos y pintores seguían trabajando, estos estaban en realidad haciendo de esquirols. Y si una cosa detestaban los *wobblies* era a los esquirols. A veces realizaban campañas de propaganda destinadas únicamente a este asunto y hacían banderitas de béisbol al más puro estilo americano con los eslóganes “¡no seas un esquirol!” o “un gran sindicato”. Joe

Hill dedicó una canción al tema que se ha convertido en todo un clásico del movimiento sindical norteamericano y que todavía hoy se canta. La canción en cuestión, *Casey Jones: the union scab*, fue escrita durante una huelga de 35.000 ferroviarios en 1911 y es toda una muestra de su estilo humorístico:

Los trabajadores de la línea South Pacific hicieron un llamamiento a la huelga,
Pero Casey Jones, el ingeniero, no iba ni por asomo.
Su caldera estaba goteando y sus maquinistas haciendo el vago,
Y su motor y las marcaciones no tenían nada de plomo.
Pero Casey Jones mantuvo su máquina en marcha,
Casey Jones hacía jornada doble,
Casey Jones obtuvo una medalla de madera
Por ser bueno y leal a la línea S.P.
Los trabajadores le preguntaron a Casey:
“¿no nos ayudarás a ganar la huelga?”
Pero Casey contestó: “dejadme solo, iros de paseo”.
Así que alguien puso un trozo de rail en la vía
Y Casey tocó fondo en el río con un golpe asombroso.
Casey Jones tocó fondo en el río,
Casey Jones se rompió la santa espina,
Casey Jones se convirtió en un ángel
Y se fue de viaje al cielo en la línea S.P.
Cuando Casey Jones llegó al cielo, en la Puerta Dorada,
Dijo: “soy Casey Jones, el tío que empujaba la carga de la S.P.”
“¡Tú eres el hombre apropiado!”, le dijo Pedro,
“nuestros músicos están en huelga,
puedes obtener un empleo de esquirolo cuando quieras”.
Casey Jones subió al cielo,
A Casey Jones le iba bastante bien,
Casey Jones hizo de esquirolo a los ángeles
Igual que hacía con los trabajadores de la línea S.P.
Pero los ángeles se unieron y dijeron que no era justo
Que Casey Jones fuera *esquiroleando* por todas partes.
El sindicato de ángeles N. 23 estaba allí,
Y rápidamente tiraron a Casey por las Escaleras Doradas.
Casey Jones fue al infierno volando,
“¡Casey Jones!”, dijo el demonio, “¡Que bien!”
“Casey Jones, puedes ocupar tu tiempo extrayendo azufre,
esto es lo que pasa cuando haces de esquirolo en la South Pacific.”⁶

La cuestión de los esquirols planteó muchas controversias entre la IWW y la AFL. Los *wobblies* a menudo acusaban a los dirigentes de la AFL de romper huelgas y de no prestar atención a las luchas de los trabajadores no cualificados. La ALF seguía siendo el sindicato mayoritario, con cerca de un 80 por ciento de los trabajadores sindicados, pero no eran pocos los conflictos en los que los trabajadores seguían el liderazgo de la IWW aun sin estar afiliados. Esto planteaba la siguiente situación: por un lado la central sindical contaba con una considerable reputación que atraía la confianza de la clase trabajadora, pero por otro no era capaz de mantener la afiliación después de una gran lucha. Durante una huelga, centenares o miles de personas se afiliaban a la IWW, pero una vez logrados los objetivos, poco a poco la sección sindical volvía a estar formada por unos pocos miembros activos. Esta situación un tanto anómala llevaba a los *wobblies* a movilizarse continuamente para lograr que los trabajadores y las trabajadoras se organizaran no sólo para la lucha diaria, sino también para la consecución de una nueva sociedad que, decían, se tenía que levantar “en el caparazón de la vieja”. En el panfleto *The*

revolutionary IWW de Grover H. Perry, publicado en 1916, donde se comparaba la IWW con otras centrales sindicales se puede leer:

Aspiramos a ser un sindicato lo suficientemente abierto como para tener a todos los trabajadores y lo suficientemente cerrado para excluir a todos aquellos que no son trabajadores. Aspiramos a construir una nación de trabajadores que no tendrá fronteras ni límites exceptuando aquellos de la propia industria. Tenemos la intención de barrer las separaciones de clase haciendo desaparecer las clases. Nos proponemos inaugurar un sistema social donde los trabajadores recibirán el valor de aquello que producen por sí mismos.

En sus discursos, los líderes de la IWW se esforzaban en hacer comprender esta finalidad al resto de trabajadores y trabajadoras. En un mitin celebrado en Nueva York en marzo de 1911, Bill Haywood intentó comparar la huelga general con la revolución. De hecho, empezó su intervención recordando que “hace cuarenta años empezó la huelga general más grande de la historia: la Comuna de París”. Para la IWW, tácticas como la acción directa, el sabotaje y la huelga general eran esenciales si la clase trabajadora quería acabar con el capitalismo. En su lucha no podía haber intermediarios, y en lugar de pactos escritos buscaban el cumplimiento de los acuerdos a partir de la fuerza de la organización en el lugar de trabajo. Quizás hoy nos pueda parecer que tenían un exceso de confianza en ellos mismos e incluso que una cierta aureola de romanticismo inundaba su lucha. Sin embargo, en aquellos momentos pensaban que la revolución social se podía producir en cualquier momento y, en consecuencia, a menudo la reflexión teórica se marginaba en beneficio de la agitación y la lucha. Para entenderlo mejor debemos tener en cuenta cual era el contexto del momento: pocos años antes, en 1905, se había producido una revolución en Rusia que había dado lugar a la formación de los primeros *soviets* o consejos obreros; en países como Francia, Italia y el Estado español el anarcosindicalismo, muy próximo al sindicalismo revolucionario de la IWW, estaba creciendo de forma impresionante y creaba situaciones potencialmente revolucionarias; el movimiento por el sufragio femenino empezaba a organizar a miles de mujeres que hasta entonces no habían podido participar en la vida pública; en 1909, estallaba la Semana Trágica de Barcelona en protesta por la guerra colonialista con Marruecos del gobierno español. Las canciones de Hill reflejaban claramente este sentimiento de proximidad de la revolución e intentaban, desesperadamente, ilustrar a los trabajadores para que tomaran conciencia de su fuerza:

Trabajadores de todo el mundo, ¡despertad!
Romped vuestras cadenas, reclamad vuestros derechos.
Toda la riqueza que creáis es robada
Por parásitos explotadores.
¿Os arrodillaréis y os someteréis
desde la cuna hasta la tumba?
¿Es la cumbre de vuestras ambiciones
el ser buenos y satisfechos esclavos?
¡Levantaros, prisioneros del hambre!
Luchad por vuestra emancipación.
Levantaros, esclavos de todas las naciones,
en Un Gran Sindicato.⁷

El estribillo final de esta misma canción, *Workers of the world, awaken!*, aseguraba que:

Si los trabajadores se deciden,
Pueden parar trenes en marcha;
Todo barco del océano
Podrán atar con poderosas cadenas.

Los *wobblies* no ahorraban esfuerzos para llegar a los trabajadores. Una de sus tácticas eran los discursos públicos en plazas o esquinas transitadas. Era un método muy efectivo para atraer a curiosos e informarles sobre las ideas revolucionarias de la IWW, pero cuando las autoridades se dieron cuenta de esta efectividad decidieron ponerle fin. En todas partes se dictaron leyes para frenar los discursos públicos, a lo que la IWW respondió con las *free speech battles*, las luchas por la libertad de expresión. Howard Zinn cuenta como se desarrolló una de estas luchas en *La otra historia de los Estados Unidos*:

En Spokane, Washington, se aprobó una ordenanza en 1909 para acabar con los discursos públicos, y un organizador de la IWW que insistió en hablar fue arrestado. Miles de *wobblies* se manifestaron por el centro de la ciudad para hablar. Uno a uno hablaron y fueron arrestados hasta que seiscientos de ellos acabaron en la cárcel.

En esa ocasión ganaron la batalla y conservaron el derecho a expresarse públicamente. De hecho, muchas de estas luchas se ganaron como consecuencia de la insistencia con que los activistas reclamaron sus derechos. Joe Hill también participó en muchas de estas luchas y parece ser que fue arrestado en más de una ocasión.

Todo este trabajo organizativo fue poco a poco dando sus frutos, y en 1912 la IWW lideró una de las huelgas más importantes de la época: la famosa huelga textil de Lawrence.

Los sucesos de Haymarket

El 4 de mayo de 1886, grupos anarquistas y de trabajadores convocaron un acto de protesta en la plaza Haymarket de Chicago para reivindicar la jornada de ocho horas bajo el lema “ocho horas de trabajo, ocho horas de ocio, ocho horas de descanso”. Tras la concentración, la policía les dispersó y entonces explotó una bomba. Al día siguiente se detuvo a líderes anarquistas acusados de ser los responsables del incidente; fueron juzgados y ejecutados.

Estos sucesos inspiraron a una generación de activistas, como la conocida anarquista Emma Goldman, Alexander Berkman y otros tantos revolucionarios de la época, entre ellos Lucy Parsons, una de las fundadoras de la IWW. La Segunda Internacional, también conocida como Internacional Socialdemócrata, instó a que cada primero de mayo se conmemorara la ejecución de los activistas obreros, y así en 1889 se celebró el primer Primero de Mayo de la historia.

Pan y rosas

El 11 de enero de 1912 las tejedoras de la Everett Cotton Mills, en Lawrence, pararon sus telares y abandonaron la fábrica al grito de “¡recorte salarial, recorte salarial!”. Al contrario de lo que pudiera parecer, estas trabajadoras no se habían compinchado con sus jefes para empeorar las condiciones laborales de sus compañeras, sino que acababan de descubrir que el temor que llevaban arrastrando durante días se había cumplido. A principios de mes, el gobierno del estado de Massachusetts había hecho efectiva una ley en respuesta a las protestas sobre las condiciones laborales del sector con la que se recortaba la jornada laboral de mujeres y niños de 56 a 54 horas semanales. Era una pequeñísima concesión, pero las trabajadoras temían que esto pudiera suponer también un recorte en los salarios.

El sector textil era particularmente duro. En las fábricas trabajaban muchas mujeres, la mayor parte de ellas aún adolescentes, y sus salarios eran tan bajos que apenas llegaban para mantenerse, y esto provocaba graves problemas de malnutrición y enfermedades. Según Elizabeth Shapeigh, una doctora de la época, “un número considerable de chicos y chicas mueren entre el primer y el tercer año de empezar a trabajar [...] y treinta y seis de cada cien hombres y mujeres que trabajan en la fábrica mueren antes de o a los veinticinco años”.⁸ Joe Hill denunció estas pésimas condiciones en su canción *The white slave*, en la que además advertía de cómo la pobreza era un mal que arrastraba a muchas chicas jóvenes a la prostitución:

Una chica joven, pura como una perla,
trabajaba cada día en una lavandería.
Todo lo que ganaba se lo gastaba en comida,
así que dormía en el banco de un parque muy profundamente.
Un viejo proxeneta la espiaba
y le susurró en el oído:
ven conmigo, chiquilla,
no duermas fuera con el frío,
tu cara y tus cabellos rizados
te darán fama y oro,
coches para conducir, diamantes y sedas para lucir,
serás una estrella brillante bajo la luz roja,
allí harás tu fortuna.
Esta misma chica, que ya no es una perla,
camina sola por el río.
Han pasado cinco años y ha perdido la salud
y cuando mira el agua tiembla,
y cuando se para a descansar y a dormir
oye una voz en su interior:
las chicas de este tipo, caen cada día,
y han caído durante años.
¿Quién es el culpable? Tú sabes su nombre.
Es el jefe que paga sueldos de miseria.
Una chica sin hogar siempre puede oír
tentaciones llamándole en todas partes.⁹

A pesar de las precarias condiciones de trabajo, se produjeron luchas importantes en las que además de mejorar los sueldos y recortar la jornada se logró implicar a muchas mujeres en la vida de los sindicatos. En 1909, las trabajadoras de la Triangle Shirtwaist Company en Nueva York iniciaron una

dura huelga que rápidamente se extendió a otras fábricas de la ciudad. Una de las huelguistas, Pauline Newman, relató así su experiencia:

Miles y miles de trabajadores y trabajadoras abandonaron las fábricas desde todos los rincones, dirigiéndose a Union Square. Era noviembre, el frío invierno estaba a la esquina, no teníamos abrigos de piel para protegernos. [...] En este particular día sencillamente no les importaba, ya que este era su día.¹⁰

Durante la huelga fueron miles las mujeres que salieron a la calle a realizar piquetes y a enfrentarse a los esquiroleros, a las tropas policiales que facilitaban el trabajo de los esquiroleros y arrestaban a los huelguistas. También las mujeres negras participaron en la huelga y rompieron así la segregación racial existente en otros lugares del país, a menudo con la pasividad cómplice de los propios sindicatos. El sindicato International Ladies Garment Workers Union creció espectacularmente en número y en centenares de empresas se conquistaron sus reivindicaciones. Sin embargo, con el tiempo, los jefes volvían a imponer sus normas y las regulaciones legales en materia de seguridad eran tan pobres que miles de trabajadores y trabajadoras siguieron perdiendo sus vidas en los puestos de trabajo por accidente o utilización de productos tóxicos. Año y medio más tarde de la gran huelga de 1909 se declaró un incendio en la Triangle Shirtwaist Company en el que murieron 146 trabajadoras. Las puertas de evacuación no cumplían los requisitos necesarios y muchas de ellas estaban cerradas para impedir que las trabajadoras pudieran salir en horas de trabajo. Cerca de 100.000 personas se manifestaron en protesta por esa masacre.

Este mismo espíritu de lucha de las trabajadoras de la Triangle Shirtwaist Company fue el que se había adueñado de las trabajadoras textiles de Lawrence en enero de 1912 cuando abandonaron sus puestos de trabajo. Lawrence era un pueblo de Massachusetts con una fuerte industria textil. La mayoría de sus fábricas pertenecían a la American Woolen Company y allí se empleaba a unas 40.000 personas, casi la mitad de la población en edad de trabajar. Por lo tanto, todo lo que pudiera suceder en las fábricas acababa implicando a casi todos sus habitantes.

El día siguiente al paro espontáneo de las trabajadoras de la Everett Cotton Mills otras fábricas se unieron a la huelga. Esa misma tarde, una asamblea de trabajadoras decidió pedir a la IWW que enviara a Joseph Ettor, un sindicalista que meses antes había estado organizando el sindicato local y que hablaba varios idiomas. De esta manera la IWW tomó el liderazgo de un conflicto que John Golden, presidente de la United Textile Workers de la AFL definió como “anárquico” y “revolucionario” en un intento de desplazar la dirección de la huelga hacia la AFL. Joe Hill retrató este momento en una de sus letras, *John Golden and the Lawrence strike* donde quiso reflejar el carácter pacificador de los dirigentes de la AFL, que pactaron un aumento salarial del cinco por ciento para los trabajadores cualificados, rompiendo así la unidad de la huelga:

En Lawrence, cuando las masas hambrientas
fueron a la huelga por algo que comer
y Wood*, el cabezudo, intentaba vencer a los huelguistas,
envió una carta a Sammy Gompers* para preguntarle qué pensaba

* Wood, presidente de la American Woolen Company.

y esta fue la respuesta que el cartero le trajo:
Una pequeña charla con Golden
lo arregla todo;
resolverá cualquier huelga
si hay suficiente dinero a la vista;
simplemente llévalo a cenar
y no habrá ningún problema;
una pequeña charla con Golden
lo arregla todo, todo.¹¹

Pero a pesar de los intentos de la AFL, la huelga fue adquiriendo un carácter cada vez mayor e implicó a 25.000 trabajadoras y trabajadores. Entre ellos se podían contar hasta veinticuatro nacionalidades distintas y otros tantos idiomas. Para facilitar el entendimiento se formó un comité de huelga con dos delegados por cada nacionalidad. Éste llevaba el peso organizativo de la huelga. También se formó un comité de ayuda con distribución de comida, cocineros y servicios médicos gratuitos. Ésta era la forma habitual que la IWW utilizaba en un conflicto con tanta diversidad de nacionalidades e idiomas, ya que así lograba una mayor implicación de todas las comunidades y dificultaba la utilización de esquirols. Para los *wobblies* no había diferencia de raza ni de género, tan sólo existían dos naciones: la de los jefes y la de los trabajadores y trabajadoras. La IWW estaba presente en la población desde 1907 y decía contar con mil miembros. Durante la huelga organizaron a 25.000 trabajadores y prepararon comités de abastecimiento para casi 50.000.

Durante diez semanas los piquetes llenaron las calles de la localidad y fueron duramente reprimidos por la policía e incluso por la milicia y la policía estatal, mandadas por el gobernador. Sin embargo los piquetes continuaron y cada vez fueron apareciendo formas más imaginativas para evitar la represión policial. Cuando se prohibieron las manifestaciones masivas, los huelguistas se dedicaron a ir a la zona comercial de la ciudad y a entrar y salir de las tiendas sin comprar nada, cosa que intimidó a los tenderos, que optaron por cerrar sus negocios. También realizaron largas cadenas humanas en las que las manifestantes llevaban cintas en los brazos con el texto "No seas un esquirol". Después de una gran manifestación el 29 de enero en la que un policía mató a una joven manifestante, fueron arrestados dos dirigentes de la huelga, uno de los cuales era Ettor, se declaró la ley Marcial y se prohibieron las reuniones públicas. En otro párrafo de *John Golden and the Lawrence strike* Hill escribió:

Los predicadores, polis y reyes del dinero trabajaban mano a mano,
Los chicos de azul, con barras y estrellas, fueron enviados por el Tío Sam;
Pero aún así las cosas pintaban mal porque todos los huelguistas sabían
Que tejer ropa entre bayonetas es difícil de hacer.¹²

La IWW respondió mandando a algunos de sus líderes más reconocidos a Lawrence, entre ellos Haywood y Elizabeth Gurley Flynn. Fueron recibidos por más de 15.000 huelguistas en la estación de tren, cantando la Internacional en cada uno de los idiomas allí presentes. La consigna era resistencia pasiva para evitar más muertos.

Para facilitar que los huelguistas pudieran salir a la calle, el sindicato organizó el viaje de los hijos de huelguistas a familias adoptivas de otras ciudades. Esta táctica se había usado ya en otras ciudades del mundo y

* Samuel Gompers, presidente de la AFL.

resultaba una buena forma de aliviar a las madres y padres de sus responsabilidades y poder centrarse así en la lucha. Una de las organizadoras del comité de recibida en Nueva York, la enfermera Margaret Sanger, declaró que “de cada 119 niños tan solo cuatro llevaban ropa interior... sus vestimentas y abrigos estaban hechos pedazos... y este era el tiempo más frío que habían tenido aquel invierno”. En el que iba a ser el tercero de los envíos de niños, la policía de Lawrence y la milicia nacional rodearon la estación de tren y apartó a los niños de sus padres y madres y detuvo a treinta de ellos. Una de las participantes en el comité de mujeres de Philadelphia declaró bajo juramento:

[...] la policía... nos rodeó y nos pegó con sus porras, a izquierda y derecha, sin importarles los niños que corrían el gran peligro de morir pisoteados. Las madres y los niños fueron así arrojados en masa y arrastrados a la fuerza hacia camiones militares e incluso entonces apaleados, sin consideración a los llantos de pánico de madres y niños. Difícilmente podemos encontrar palabras para definir esta muestra de brutalidad.¹³

Estos sucesos supusieron un punto de inflexión para el conflicto. Llegaron protestas desde todo el país y la prensa centraba su atención en el tema. Ante estas presiones y conscientes de que la huelga estaba adquiriendo un carácter que sobrepasaba las fronteras de Lawrence, el presidente de la American Woolen Company decidió aceptar las reivindicaciones y subió los salarios. Otros empresarios, alertados por la huelga, subieron los sueldos de sus trabajadores para evitar que se organizaran sindicalmente. La victoria era, pues, aplastante. La reputación que se generó la IWW fue inmensa y se demostró meses más tarde cuando organizó una huelga de veinticuatro horas y una manifestación con 15.000 personas para pedir la libertad de los dos líderes detenidos durante la huelga. Sin embargo, en esta ocasión también la clase dirigente se había preparado y el ayuntamiento organizó una manifestación por la calle principal de Lawrence bajo el lema: “¡Con Dios y la Patria! ¡Las barras y estrellas para siempre! ¡La bandera roja, nunca!”. Como muestra de rechazo a la IWW también se animó a los ciudadanos a llevar pequeñas banderas americanas en la solapa.

Las trabajadoras de Lawrence habían conseguido, empero, una importante victoria. No tan solo habían luchado por mejores salarios, sino por una mejor vida y condiciones sanas de trabajo. Esta doble lucha quedó fielmente reflejada en la pancarta de uno de los piquetes de la huelga, donde se podía leer: “queremos pan, pero también rosas.”

Elizabeth Gurley Flynn, la *chica rebelde*.

Una de las líderes de la huelga de Lawrence fue Elizabeth G. Flynn. Se unió a la IWW con sólo dieciséis años, influenciada por la militancia de su padre. Ya de jovencita dirigía mítines públicos en la conocida plaza Union Square de Nueva York, y con tan sólo diecisiete años, estando aún en el instituto, fue delegada de su sindicato a la Convención de la IWW, donde conoció a una de las organizadoras de los eventos de Haymarket, Lucy Parsons.

Flynn participó activamente en las luchas por la libertad de palabra y fue arrestada varias veces por desobediencia a la ley dictada en 1908 que prohibía

los discursos públicos. Durante el juicio a Joe Hill fue una de las organizadoras de la campaña de protesta, y años más tarde volvería a serlo con los anarquistas Sacco y Vanzetti. En 1926 fue elegida presidenta de la International Labor Defense y en 1936 se afilió al Partido Comunista de Estados Unidos (CPUSA), del que fue miembro hasta su muerte y por el que concurrió en más de una ocasión a las elecciones.

Durante los últimos días de vida de Hill los contactos entre ambos fueron abundantes, lo que conllevó la dedicatoria de una canción, *The rebel girl*, que le dio a Flynn el sobrenombre de “chica rebelde”.

El artista y su época

Aunque las canciones más conocidas de Joe Hill están relacionadas con la temática sindical, éste nunca dejó de tratar problemas cotidianos de las familias trabajadoras. La finalidad última de sus letras era demostrar la conexión entre estos problemas y la estructura social del capitalismo para así animar a que la gente luchara y se organizara para construir un mundo nuevo.

Uno de estos problemas, quizás el más extendido, era la pobreza. Pero las personas pobres no sólo padecían el hambre y la falta de una vivienda en condiciones. Muy a menudo sufrían la humillación de ser detenidos con las famosas leyes que florecían en todas partes contra “vagos y maleantes”, que permitían arrestar a vagabundos y personas sin hogar sin acusación alguna. El mismo Joe Hill fue arrestado por vagabundear en San Pedro y estuvo varios días en el calabozo. En su canción *The tramp* denunció que los pobres eran echados de todas partes, detenidos por la policía, y que ni siquiera la iglesia quería saber nada de ellos. En la estrofa final plantea una situación entre dramática y cómica:

Finalmente vino el día feliz,
Cuando pasó a mejor vida.
Estaba seguro de que iría al cielo cuando muriese,
Pero al llegar a la puerta dorada
San Pedro le cerró la puerta en los morros.

En una época en la que no existían la seguridad social ni los seguros médicos para los trabajadores, los accidentes laborales eran a menudo una puerta a la mendicidad, sobre todo si causaban minusvalías. Esto era especialmente frecuente en la minería:

Qué bien recuerdo aquella mina
Donde ella y yo trabajábamos
Por cincuenta centavos al día.
Ella era mi cariñito
La conocí en la mina.
Hace mucho desde que la vi por última vez,
Pero todavía la quiero.
Allí abajo en la vieja mina negra,
Allí es donde nos conocimos.
¡Oh! Que romance,
nunca lo olvidaré.
Y aquellos ojos de ensueño,
Azules como el cielo en verano.
Tenía quince años,
Era mi pequeña reina en la vieja mina negra.
Habíamos planeado casarnos
Cuando cumpliera los dulces dieciséis.
Pero luego un día
Me partí el brazo con una máquina.
Perdí mi trabajo para siempre,
Y ahora soy un vagabundo desgraciado.
Mi cariñito sigue esclavizada
En el mismo lugar de siempre.¹⁴

Sin embargo, los problemas de la vida diaria no distraían a Hill de la lucha contra las ideas dominantes de su época. En *The preacher and the slave* se ríe de los discursos religiosos sobre la dulce vida del más allá y la tendencia a consolar a los pobres de su miseria con promesas de vida eterna en el paraíso celestial.

Predicadores con largas melenas te vienen cada noche
Y te dicen qué está mal y qué está bien;
Pero cuando les pidas algo que comer
Te responderán con voz muy dulce:
Comerás, ya lo verás,
En la tierra gloriosa que está en el cielo,
Trabaja y reza, vive en el heno,
recibirás tu trozo del pastel cuando mueras.¹⁵

Hill decía que cuando los trabajadores se organizaran, serían ellos quienes les dirían a los empresarios y aprovechados: “comeréis, ya lo veréis, cuando aprendáis a cocinar y a freír.”

La religión era uno de los blancos preferidos de la IWW. Para ellos era una fuente de ignorancia y uno de los motivos por los que muchos trabajadores se mantenían adormecidos ante las injusticias. Las vanas esperanzas en un más allá o la confianza en una intervención divina para premiar su comportamiento era algo que no podían soportar. Joe Hill utilizó varias veces ritmos de canciones religiosas para llegar a todos estos trabajadores y ridiculizaba los principios y las promesas de los predicadores. También Ralph Chaplin utilizó esta fórmula en su canción *Solidarity forever*.

Otro de los objetivos de la música de Hill, así como de la propaganda de la IWW, era acabar con la ignorancia y con las falsas esperanzas entre la clase trabajadora. Para ello, el dibujante Ernest Riebe creó un personaje de cómic en el periódico de la IWW *Industrial Worker* llamado Mr. Block, con un ladrillo por cabeza, quien estaba contra los sindicalistas y defendía que a través de las instituciones americanas los trabajadores podían aspirar a más. Mr. Block era el típico trabajador ignorante, según los esquemas de la IWW, con prejuicios raciales, con admiración por las instituciones y odio hacia los radicales, resentido con quienes luchan por mejorar sus condiciones de trabajo... La popularidad del personaje creció cuando Hill le dedicó una canción, *Mr. Block*, en la que el intrépido personaje confía en la ley para denunciar a un empresario que le estafa, se une a la AFL para luchar contra su despido y sólo consigue sus simpatías, elige a un socialista como alcalde e incluso una vez muerto, aspira a encontrarse con Rockefeller en el cielo.

Otro personaje similar fue utilizado para el tema *Scissor Bill*, en el que el protagonista lanza insultos contra todos los extranjeros y muestra su amor por la Patria. Para la IWW ningún trabajador era extranjero, y el racismo y el patriotismo eran dos males a exterminar:

Le puedes encontrar en el desierto, arriba de un monte,
Le puedes encontrar en todas las minas y aserraderos,
Parece un ser humano, puede comer y caminar,
Pero te darás cuenta de que no lo es cuando empiece a hablar.
Dirá, “Ésta es mi Patria”, con cara de orgullo,
Mientras que todos los policías le persiguen allí donde vaya.

Uno de los momentos históricos con que se encontró Joe Hill en sus últimos meses de vida fue el estallido de la Primera Guerra Mundial. Toda la izquierda estadounidense, desde los socialistas hasta los anarquistas, lanzó una campaña antimilitarista y de denuncia social de la guerra. Centenares de activistas fueron detenidos y juzgados bajo el amparo de la *Espionaje Act* (Ley de espionaje), que pese a su nombre tenía como uno de sus propósitos encarcelar a cualquiera que “intencionadamente causara o intentara causar insubordinación, deslealtad, motines o rechazo del deber de servir en el ejército o la marina de los Estados Unidos, o que intencionadamente obstruyera los servicios de reclutamiento o alistamiento de los EEUU”.¹⁶ Conocidos líderes obreros como el socialista Eugene Debs o la anarquista Emma Goldman y su compañero Alexander Berkman fueron juzgados por oponerse públicamente a esta ley, y la izquierda en general aprovechó la ocasión para hacer propaganda desde los tribunales.

En un avance de lo que ocurriría Joe Hill escribía en 1913 la canción *Should I ever be a soldier* donde decía:

Nos gastamos billones cada año
en pistolas y munición.
“Nuestro Ejército” y “nuestra Marina” cariño,
para mantenerlos en buena condición,
mientras millones viven en la miseria
y millones murieron antes que nosotros.
No cantes “Mi país, lloro por ti”
sino este pequeño estribillo:
Si algún día fuera soldado
Lucharía bajo la Bandera Roja,
Si algún día llevara fusil
sería para aplastar a los tiranos poderosos.¹⁷

Pero esta no fue la única canción antimilitarista de Joe Hill. En otro tema, *Stung right*, relata como un joven en paro va a buscar trabajo y decide alistarse a la marina después de ver un cartel. Parecía ser un buen trabajo para ahorrar algo de dinero, ya que:

El hombre me dijo: “La marina de EE.UU. no es lugar para esclavos,
lo único que tienes que hacer es sentarte y contemplar las olas”.

Sin embargo, una vez alistado el personaje se da cuenta de lo que realmente es la marina:

Por la mañana, a las cinco,
Me despertaron de mi sueño
Para fregar la cubierta, pulir instrumentos de viento
Y sacar brillo a los zapatos del capitán.

Al final de la canción la mayoría de los chicos morían, no por las balas enemigas, sino por las malas condiciones de la comida enlatada.

El humor de esta canción contrasta con la crudeza de *Don't take papa away from me*, en la que una niña huérfana de madre pierde a su padre después de que éste fuera reclutado para ir a la Gran Guerra:

“No os llevéis a mi papá, no os llevéis a mi papá”.
Sus tiernas súplicas fueron en vano

Y su padre fue a la guerra.
Él no le dará el beso de buenas noches nunca más,
Pues cayó entre ruido de cañones.
Nunca ha existido un soldado más grande,
Pero su bravo corazón fue un día agujereado,
Y mientras moría oyó, a lo lejos,
La voz de una niña llorando.¹⁸

Ésta fue una de las últimas canciones que Hill escribió. Cuando la compuso llevaba varias semanas arrestado acusado de un trágico suceso por el que fue condenado a muerte tras un oscuro proceso judicial que, aún hoy, genera controversias.

Detención, juicio y ejecución

Como fue habitual a lo largo de su vida, Joe Hill decidió viajar en 1913. Esta vez el destino fue Utah, un estado al este del país. Se desconoce el objetivo del viaje; algunas versiones comentan que se dirigía a Chicago para encontrarse con su amigo Bill Haywood y hablar acerca de cómo impulsar la organización, y otras comentan que sencillamente fue a trabajar. Fuera cuales fueran sus motivaciones, Hill tuvo algunos trabajos durante su estancia allí. Uno de ellos fue en las minas de Park City, pero lo tuvo que abandonar al cabo de poco tiempo por una neumonía que lo llevó al hospital. Después de moverse un poco por la zona junto a su amigo Applequist llegaron a Salt Lake City, donde se pusieron en contacto con la comunidad sueca local. Finalmente, Hill se estableció en esta ciudad donde alquiló una habitación en la casa de la familia Eselius, con quienes había tenido algún contacto anteriormente.

Utah era un lugar un tanto particular. En aquellos momentos llevaba apenas dos décadas como estado independiente y en él se asentaba la poderosa Iglesia de Jesucristo de los Santos del Último Día, más conocida como Iglesia mormona. De hecho fueron los mormones quienes fundaron Salt Lake City, la capital del estado. Su influencia era muy importante y había llevado a algún que otro enfrentamiento con el gobierno federal por temas como la poligamia, practicada entre los miembros de esta secta. A nivel económico también tenían fuerza por su vinculación a empresas importantes del área como la Utah Cooper Company o la industria azucarera.

Pero no todo era religión en Utah. Allí había una potente industria minera y siderúrgica. La mayoría de estas empresas era de propietarios de otros estados. Como el historiador Gibbs M. Smith, autor del libro *Joe Hill*, relata en una entrevista:

Las montañas rocosas eran como una colonia en nuestro propio país. Proporcionaba materias primas para empresas que eran de propiedad extranjera y la mayoría de los beneficios se iban fuera. Y el juego político al que jugaban las empresas era trabajar con los legisladores estatales, la estructura política y la Guardia Nacional para mantener a sus trabajadores bajo control. Así que los trabajadores estaban bajo el dedo de las compañías y de la estructura política. Y la Guardia Nacional, si hacía falta, estaba allí para parar las huelgas. Y así lo hicieron en Utah.¹⁹

Entre 1912 y 1913 se desarrollan fuertes luchas para mejorar las duras condiciones de trabajo. Una de las más importantes fue la de la mina de Bingham Canyon, de la Utah Cooper Company, en 1912. Los huelguistas se escondieron en las montañas y dispararon contra los guardias de la empresa que facilitaban el acceso de esquirolas. La mayoría de la mano de obra, tanto la que se encontraba en huelga como la utilizada para el esquirolaje, era inmigrante. Esto creó una situación un tanto cómica cuando incluso la iglesia ortodoxa griega tomó parte en el asunto, puesto que su influencia entre una capa importante de los trabajadores la convertía en una fuerza, para bien o para mal, de la huelga. Finalmente lograron una victoria parcial. Se reconocieron algunos derechos como el de trabajar en las minas sin necesidad de intermediarios o el de sindicarse. Obviamente esto preocupó a la reaccionaria clase dirigente de la zona que veía cómo los temidos “rojos” empezaban a instalarse en sus pueblos y empresas. Este es el clima que Joe Hill encontró cuando se instaló en Salt Lake City, Utah.

No sabemos muy bien qué es lo que hizo allí durante los primeros meses de su estancia, pero en la historia quedará grabado lo que le ocurrió a partir de la mañana del 11 de enero de 1914, cuando fue arrestado acusado de atraco a mano armada y de los asesinatos de un tendero y su hijo.

La noche anterior dos hombres habían entrado en una pequeña tienda de ultramarinos regentada por John Morrison, un exoficial de policía, con la intención de robarle. En el altercado John Morrison recibió un disparo y uno de sus hijos, Arling, que se encontraba en medio de la acción, cogió la pistola del mostrador para responder a los agresores, quienes dispararon contra él causándole la muerte inmediata. Uno de los agresores resultó herido en el intercambio de balas. Los atracadores huyeron y el hermano menor, Merlín, que en aquellos momentos se encontraba en el almacén, encontró los cadáveres de su padre y hermano y avisó a la policía. Una de las cosas que Merlín relató a la policía fue que uno de los hombres armados gritó “¡Ahora te tenemos!” antes de disparar al padre, por lo que las primeras sospechas se dirigieron hacia algún criminal común que hubiera sido encarcelado cuando Morrison era policía y que ahora quería tomarse la revancha. Incluso llegan a ponerle un nombre al sospechoso, Frank Wilson, un exconvicto que había jurado vengarse de Morrison. En una ocasión anterior John Morrison ya había sido víctima de un ataque con pistolas en su tienda, así que la policía decidió trabajar en esta dirección. La mañana siguiente Salt Lake City amanecía con los titulares de prensa anunciando un acto de revancha que había causado las muertes de padre e hijo.

La noche del atraco Joe Hill fue herido de bala en el hombro por causas desconocidas. Acudió al doctor Frank McHugh, quien trataba a miembros de la familia con la que se hospedaba y le contó que recibió el disparo de un hombre por una discusión sobre una mujer. La mañana siguiente, al leer la noticia en el periódico el doctor llamó a la policía y dio las señas de Hill como posible culpable del doble asesinato. La policía procedió inmediatamente a arrestarle, y al principio ni siquiera le tomaron en serio cuando decía que su nombre era Joseph Hillstrom. Los policías decían que su verdadera identidad era Frank Wilson, el sospechoso que estaban buscando.

Los primeros testimonios parecen apuntar en la dirección de Hill. Un amigo del Doctor McHugh que lo llevó a casa después del tratamiento declaró que en un momento del viaje Hill hizo detener el coche y arrojó una pistola en un descampado. Para la policía de Salt Lake City estos dos sucesos parecían ser suficientes para considerarle principal sospechoso.

Sin embargo, un hecho hizo centrar todavía más la atención en él. Fue la llamada del jefe de policía de San Pedro, ciudad donde había residido y donde fue arrestado por vagabundear, comunicando que el hombre que tenían detenido era “Joe Hill, una especie de cantautor de la IWW”. En su opinión, tenían a “la persona correcta”. Según el historiador John Sillito, en este momento “hay otras personas a quienes se está investigando como posibles sospechosas. Pero tan pronto como se determina que Joe Hill es Joe Hill, estas otras personas se descartan rápidamente y nunca jamás se vuelve a oír una palabra sobre ellas ni en la prensa ni de parte de la policía”.²⁰ A partir de entonces el caso ya poco tendrá que ver con el asesinato, aunque obviamente éste seguía siendo la base formal de la acusación y el único motivo legal por el que Hill permanecía bajo detención.

Desde el mismo momento de su arresto Joe Hill negó su culpabilidad, aunque nunca afirmó ser inocente ya que decía que él no tenía que demostrar su propia inocencia, sino que era el fiscal quien tenía que probar lo contrario. Tampoco aceptó la opción de contar como había resultado herido de bala, así que la estrategia para la acusación fue construir “un caso de evidencias circunstanciales del que no pudiera escapar”. Mucho se ha especulado sobre porqué Hill se negaba a explicar cómo fue herido. La versión del fiscal era que era culpable y no tenía explicación alguna. De la versión que él mismo contó al doctor McHugh algunas personas deducen que quiso mantener el anonimato de la mujer, probablemente casada, y que por eso no quería dar más información a pesar de quedarse sin coartada. Fuera cual fuera el motivo, e incluso aceptando la posibilidad de que hubiera participado en el atraco, lo que nos interesa aquí es saber cómo se desarrolló el juicio y cuáles fueron sus implicaciones y consecuencias tanto políticas como sociales.

El juicio fue bastante rápido y además Joe Hill se negó a testificar. Al principio quería representarse a sí mismo pero luego aceptó la oferta de dos jóvenes abogados de la ciudad que ofrecieron sus servicios gratuitamente. Hill los despidió al cabo de poco ya que argumentaba que estaban en relación con la acusación para inculparle de un crimen que no había cometido. Así que finalmente ni testificó ni recibió defensa alguna. Su detención ya había sido irregular y no se le había ofrecido libertad bajo fianza en espera del juicio, así que probablemente esperaba que el juicio fuera declarado nulo y por eso se negaba a testificar. Sin embargo los testimonios, incluyendo el hijo menor de Morrison, dijeron que el atracador tenía ciertas similitudes físicas con Hill y el jurado no tardó demasiado en formarse una opinión. Sin apenas tiempo para la deliberación, el jurado popular le declaró culpable y el juez lo condenó a la pena de muerte. Le dejaron escoger entre ser colgado o fusilado. Hill eligió lo segundo, argumentando que sería más soportable para él puesto que había recibido disparos muchas veces. A espera de la ejecución, fue encerrado en la Utah State Penitentiary.

Hasta ahora el caso puede parecer relativamente simple. Hay una acusación no demasiado fundamentada, una negación a testificar por parte del acusado, y un veredicto en base a las dos posiciones que se decanta por confiar en la acusación. El intríngulis que hay detrás es, no obstante, algo más complejo.

Justo después de la condena se crea una campaña para la conmutación de la pena que abarca numerosos sectores sociales. La primera organización en emprender la defensa es la IWW a través de su grupo local. Ésta es rápidamente atacada e incluso se le acusa de poner una bomba. Las autoridades locales intentan criminalizar a la IWW en alianza con los poderes de la zona: empresarios y mormones. Su odio hacia los wobblies era evidente desde su implantación en el área y sobre todo a raíz de las fuertes huelgas de Tucker y Bingham. Tampoco le debían caer muy bien al senador del estado de Utah, William King, quien dijo: “esta gente son vagabundos. No tienen raíces en la sociedad, no valoran las cosas que tú y yo valoramos. Son inmigrantes. Son gente que no tiene lugar en esta sociedad”.²¹ Pero la campaña de la IWW siguió su curso y llegaron miles de telegramas y peticiones de clemencia desde todos los rincones del país y parte del extranjero. Organizaciones enemistadas con la IWW como el American Socialist Party o la American Federation of Labor (AFL) también reclaman la libertad de Joe Hill y denuncian que el juicio no ha sido justo y que no hay pruebas concluyentes. Pequeños sindicatos de oficio

también muestran su rechazo a la decisión judicial y a las autoridades les llegan telegramas como el de un sindicato de pintores de Chicago donde se lee “diez mil pintores organizados de Chicago le piden que anule la ejecución de Joseph Hillstrom.”

Pero lo más sorprendente son, quizás, otros personajes que aparecen para pedir el indulto de Hill. El obispado episcopal de Utah protestó a través de uno de sus portavoces argumentando que no era correcto que el estado tomara la vida de una persona para pagar por la de otra. Más curiosa aún es la aparición de Virginia Snow Stephen, profesora de arte en la universidad de Utah e hija de un antiguo líder de la iglesia mormona que envió un telegrama al ministro sueco informándole del caso y pidiendo su intervención. Virginia fue criticada por ello y perdió su empleo en la universidad e incluso tuvo que mudarse a California para esquivar las acusaciones. Pero su acción surgió efecto y el embajador de Suecia en Estados Unidos, W.A.F. Ekengren, recibió instrucciones de su gobierno para ponerse en contacto con el presidente Woodrow Wilson y que anulara la ejecución. En el telegrama que el embajador sueco mandó al presidente Wilson, se puede leer:

He tenido poco tiempo para estudiar el caso. No obstante, he llegado a la conclusión de que las pruebas, únicamente circunstanciales, son insuficientes para ordenar la pena capital, y que el comportamiento insolente del prisionero durante el juicio y su negación a testificar en su propio favor han creado prejuicios contra él tanto en el jurado como en la Corte. Ya he apelado a través del Departamento de Estado, y también directamente al gobernador de Utah, para que se aplaque la ejecución con el fin de que el caso pueda ser reabierto, pero por ahora sólo he recibido como respuesta que se considerará la apelación si se pueden aportar nuevos datos a favor del acusado. Dado que la insuficiencia de pruebas es el motivo de mi apelación, no me puedo sentir satisfecho con tal respuesta.

El presidente Wilson estaba siendo presionado por todos lados para que interviniera en el caso. Mucha de esta presión se ejercía sobre Joseph Tumulty, el secretario y consejero de Wilson, que era el encargado de preparar la campaña para su reelección como presidente en 1916. Para Wilson, un demócrata, era importante tener en consideración el voto obrero, y su posición respecto la ejecución de Hill era algo más que una cuestión moral: tenía un claro sentido político. Por ello mandó un telegrama al gobernador de Utah, el republicano William Spry, donde le pedía que reconsiderara la pena. Spry aceptó aplazar la fecha de la ejecución argumentando que el embajador sueco podría aportar nuevas pruebas a favor del condenado.

La IWW presentó una apelación a la Corte Suprema de Utah donde denunciaba múltiples irregularidades en el juicio y contradicciones en las declaraciones de testigos y en la que denunciaban “errores en la identificación, la no demostración de un móvil, y la no existencia de pruebas para sostener el veredicto.” La apelación no fue aceptada.

Finalmente se estableció una nueva fecha para la ejecución, el 19 de noviembre de 1915. Otra alud de protestas, entre ellas las de la célebre socialista Helen Keller y la del presidente de la AFL Samuel Gompers, consiguió que el presidente Wilson telegrafara al gobernador de Utah dos días antes de la fecha de ejecución para que reconsiderara la pena debido a “la importancia del caso”. Para Wilson esta importancia era obvia, pues la presión que había recibido de parte de su electorado organizado en la izquierda estadounidense le hacía temer su reelección. Para Wilson la ejecución de Joe Hill era algo más que la pérdida de un ciudadano, era una cuestión de imagen

delante de una fracción importante de la clase trabajadora que votaba por él. Pero también para el gobernador de Utah, miembro del partido republicano, la ejecución tenía un fuerte sentido político. En la primera petición de aplazamiento el gobernador respondió favorablemente como una cortesía al presidente. Sin embargo, en la segunda respondió en un tono agresivo que no aceptaría más “interferencias” presidenciales y que la insistencia para que se reconsiderara el caso era debido a una “mala interpretación de los hechos o a un motivo de naturaleza internacional que [el presidente Wilson] no ha revelado.”

Este enfrentamiento político entre el gobierno federal y el del estado de Utah fue latente durante todo el proceso. A parte de la diferente filiación política de los dos presidentes, cabe recordar que Utah llevaba apenas dos décadas como estado independiente y que su lucha para serlo había creado algunos conflictos con el gobierno federal. El gobierno de Utah quería demostrar su independencia del gobierno federal así como de las presiones internacionales del ministro sueco. El clima político general de Utah, con la poderosa y reaccionaria iglesia mormona ejerciendo una fuerte influencia, daba el respaldo necesario al gobernador Spry para seguir adelante con la ejecución, que era una manera de demostrar a *su* gente que estaba dispuesto a luchar contra la implantación de organizaciones radicales de izquierda.

Así pues, podemos decir que Hill se estaba convirtiendo, o se había convertido ya, en un símbolo para todas las causas. Para la IWW era un revolucionario juzgado irregularmente a punto de convertirse en un mártir. Para el gobierno federal era un puñado de votos a tener en cuenta en las próximas elecciones. Para Spry y la clase dirigente de Utah era un diablo rojo que no tenía lugar en su concepción del mundo. Y para centenares de millares de trabajadores y trabajadoras era el reflejo de las injusticias de un sistema en todas sus facetas.

Joe Hill era consciente de la dimensión política y social de su proceso. El simple hecho de negarse a testificar para demostrar su coartada ya es muestra de su sentimiento de rechazo hacia el sistema judicial, que considera está al servicio de los poderosos. Muchos historiadores consideran que Hill se dio cuenta de la importancia que estaba tomando su caso y que decidió, en cierta manera, convertirse en un mártir para la causa. A pesar de ser indemostrable tal afirmación, lo cierto es que realizó muy pocos esfuerzos a lo largo de todo el juicio para ser declarado inocente. Se limitó a mantener una posición firme: que él no era culpable y que quería un juicio justo con pruebas concluyentes.

Finalmente, después de varios meses de cautiverio, se cumplió el plazo y la mañana del 19 de noviembre de 1915 Joe Hill fue ejecutado en el patio de la prisión estatal de Utah. El mito dice que él mismo gritó “¡Fuego!” al escuadrón de ejecución. Ninguno de sus amigos pudo asistir a la ejecución debido a su pertenencia a la IWW.

Durante los días previos a la ejecución sí que mantuvo algunos contactos con amigos y compañeros de la IWW. Su estado anímico en estos días estaba lejos de ser el de una persona a punto de morir, y el humor y la lucidez de sus últimos escritos reflejan claramente su actitud ante la vida. Como Phil Ochs escribiría en una canción años más tarde, “no importa cuan hambrientas sus manos estuvieran, en sus cartas siempre todo iba bien.” En la víspera de la ejecución escribió una carta a Ben Williams, redactor de la publicación *Solidarity* donde se podía leer:

Mañana planeo hacer un viaje a Marte y, si puedo, empezaré inmediatamente a organizar a los trabajadores del canal de Marte en la IWW y cantaremos las buenas viejas canciones tan fuerte que los observadores de estrellas se darán cuenta de una vez por todas de que el planeta Marte está deshabitado...

En otra muestra de su sentido del humor, Joe Hill escribió a su amigo Bill Haywood:

Adiós Bill. He vivido como un rebelde, moriré como un auténtico rebelde. De aquí hasta Wyoming hay aproximadamente una milla. ¿Podrías apañártelas para arrastrar mi cadáver hasta la frontera y enterrarlo allí? No quiero que me encuentren muerto en Utah.

Una de las personas que le visitaron en la prisión fue Elizabeth Gurley Flynn, la destacada líder de la IWW y organizadora en la huelga textil de Lawrence de 1912, a quien Hill escribió la canción *The rebel girl*. Se especula sobre si entre ellos surgió algo más que una relación de compañerismo, pero lo que sí conocemos son los versos que le fueron dedicados y de los que ella declaró sentirse orgullosa años más tarde en una conferencia:

Hay muchos tipos de mujeres
En este mundo tan raro, como todo el mundo sabe,
Algunas viven en preciosas mansiones
Y visten las mejores ropas.
Hay reinas y princesas de sangre azul,
Que tienen colgantes hechos de diamantes y perlas;
Pero la única y verdadera señora
Es la Chica Rebelde.²²

Durante el tiempo de reclusión Hill no dejó de transformar sus pensamientos en canciones. Pero tampoco olvidó dejar su voluntad final en forma, como no, de poema:

Mi última voluntad es fácil de decidir,
Pues no tengo nada a dividir.
Los de mi clase no necesitamos hacer un espectáculo.
“El musgo no crece en los cantos rodados.”

¿Mi cuerpo? Ah, si pudiera decidir,
a cenizas lo haría reducir,
y dejaría que las suaves brisas lleven
mis cenizas donde las flores crecen.

Quizás así alguna flor moribunda
Volverá a la vida y florecerá de nuevo.
Esta es mi voluntad última y final.
Os deseo suerte a todos.²³

Sin embargo, las palabras más recordadas de Joe Hill son las que escribió a Bill Haywood en vísperas de su ejecución: “no malgastéis tiempo en lamentaciones, organizaros.”

La ejecución le convirtió en un símbolo. Las múltiples preguntas que quedan en el aire después del juicio permitieron que su caso tuviera una importante repercusión. Algunas de estas preguntas son: ¿Si el caso se construyó a partir de pruebas circunstanciales, porqué se le condenó a muerte? ¿Si en el supuesto atraco hubo dos implicados, porque sólo juzgaron a Hill y no buscaron otros culpables?

Nadie puede asegurar que Joe Hill fuera culpable o inocente. Lo único que sabemos es que no tuvo un juicio justo y que otros intereses estuvieron en juego a parte del doble asesinato. Pero la cuestión es que ni siquiera después de fusilarlo consiguieron matar el espíritu ni las ideas que defendió desde sus canciones.

Hellen Keller: los ojos y la voz del socialismo

Hellen Keller es mundialmente conocida. Sin embargo, no todos los aspectos de su vida son siempre revelados.

Nació en junio de 1880 en una granja en el estado de Alabama. A los diecinueve meses una enfermedad la dejó ciega y sorda. Hasta los seis años no recibió ningún tipo de instrucción, pero después de entregarse a la profesora Anne Sullivan, parcialmente ciega, aprendió a comunicarse a través de un lenguaje de símbolos en la palma de la mano e incluso a hablar. A los siete años aprendió a leer en braille.

Sus progresos fueron enormes y con poco más de veinte años era una alumna universitaria ejemplar y había publicado varios libros como *La historia de mi vida* y *El mundo en el que vivo*.

A partir de entonces empezó a dar conferencias por todo el mundo, en las que además de tratar los problemas de los discapacitados defendía el feminismo y el socialismo, causas que defendió hasta su muerte. Esto provocó que fuera objeto de burla por parte de publicaciones como *Eagle* de Brooklyn, que escribió que “sus errores son una muestra de las limitaciones de su desarrollo”.

Fue galardonada por el presidente Johnson, y hoy en día existe una fundación con su nombre que trabaja para los ciegos y sordos. Sin embargo, en ningún lugar se mencionan sus posiciones políticas.

Joe Hill después de Joe Hill

Las biografías normalmente acaban con la muerte del protagonista. Sin embargo, en la vida de un revolucionario es importante considerar su legado y cómo su vida y obra han influido en otras personas. En el caso de Joe Hill, podemos decir que siguió con vida después de muerto y que hoy, a casi un siglo de su ejecución, sigue siendo un personaje que inspira a amplios sectores de la izquierda.

Una de las referencias a Hill más citadas suele ser el poema que Alfred Hayes le escribió en 1925 y que fue musicado por Earl Robinson en 1936, *I dreamed I saw Joe Hill*:

“Desde San Diego hasta Maine,
en cada mina y fábrica
donde los trabajadores se organicen para la huelga”,
Me dice, “allí encontrarás a Joe Hill”.

Soñé ver a Joe Hill anoche,
Vivo como tú y como yo.
Y le dije, “Pero Joe, hace diez años que estás muerto”,
“Yo nunca morí”, me dijo él.

La canción recuperó protagonismo cuando la cantante folk Joan Baez la interpretó en el festival de Woodstock en 1969.

Pero esta no es la única referencia que otros artistas han hecho a Joe Hill. Conocidos cantantes de folk como Woody Guthrie, Phil Ochs o Roy Bailey también le han dedicado canciones. Pete Seeger, cantante y activista político, cantó canciones de Hill con los Almanac Singers, lo que ha permitido que algunas de ellas queden grabadas para nuestro disfrute. La influencia que Hill ha tenido sobre todos ellos es, pues, indudable. Algunos incluso encuentran similitudes entre versos de Joe Hill y algunas letras de John Lennon, lo que nos da otra muestra del alcance de la figura de Hill.

Después de su ejecución se publicó una edición especial del *Little Red Songbook* con el subtítulo *Songs to fan the flames of discontent* (Canciones para avivar las llamas del descontento), en el que diecinueve de las cincuenta y ocho canciones eran de Joe Hill. Muchas de las canciones contienen reflexiones al final de las letras contra la guerra, contra los esquirols, a favor del sabotaje y de denuncia de las malas condiciones que sufren los trabajadores y trabajadoras. En la página final se incita a los trabajadores a unirse a la IWW con el eslogan que Joe Hill regaló a sus compañeros: “No malgastéis tiempo en lamentaciones, ¡organizarnos!”. Un prólogo en forma de poesía del cantautor Ralph Chaplin, gran amigo de Joe Hill, introducía al lector a las páginas de un panfleto repleto de versos contra el capitalismo y de llamamientos a la rebelión. Chaplin fue, junto a Hill, uno de los cantautores más destacados de la IWW y su himno *Solidarity forever*, al que se ha hecho aquí referencia, se sigue cantando hoy.

Durante los años siguientes a su ejecución, la IWW organizó campañas contra la Primera Guerra Mundial y ganó importantes conflictos laborales. Pero también sufrió una importante persecución por parte del Estado y en 1918 cien militantes de la organización fueron llevados a juicio por desobediencia a la Ley de espionaje. Entre ellos se encontraba el amigo de Joe Hill, Bill Haywood, que

se exilió en la Rusia revolucionaria para evitar años de presidio. El “Gran sindicato” del que tantas veces Hill había hablado en sus canciones parecía hacerse realidad, aunque después de los años veinte sufrió un progresivo decaimiento que lo convirtió en una pequeña organización comparada con el emergente Partido Comunista de Estados Unidos (CPUSA).

Sin embargo, el mito de Hill permanecía. Como ya se ha mencionado, el cantante folk Pete Seeger, miembro del CPUSA durante muchos años, cantó sus canciones y ha ayudado a mantener vivos temas como *Casey Jones*, que ya forman parte de la tradición sindical estadounidense. Pete Seeger compuso temas como *If I had a hammer* en los que se puede apreciar el mismo sentimiento que Hill intentó transmitir en todas sus canciones:

Si tuviera un martillo
Y tuviera una campana
Y tuviera una canción para cantar
Por toda esta tierra...
Sería un martillo de justicia,
Una campana de libertad
Y una canción sobre el amor
Hacia mis hermanos y hermanas
Por toda esta tierra.²⁴

Woody Guthrie, el conocido cantautor de las décadas 1940-50, escribió una canción en la que relata el proceso judicial de Hill. En ella cuenta incluso detalles de sus últimos días de vida, como el contacto con Elizabeth Gurley Flynn o el último telegrama a Bill Haywood. Guthrie también dedicó un disco entero a los anarquistas Sacco y Vanzetti, ejecutados el agosto de 1927, cuyo caso tuvo ciertas similitudes con el de Hill: ambos eran inmigrantes, fueron acusados de robo a mano armada y asesinato, y fueron ejecutados en medio de fuertes protestas populares.

En 1971 el cineasta sueco Bo Widerberg realizó la película *The balad of Joe Hill* donde cuenta la historia de su compatriota desde su llegada a los Estados Unidos hasta su ejecución.

Músicos actuales como Billy Bragg han cantado canciones de Hill y editaron un disco de homenaje titulado “Don’t mourn – organize!”. En 1995 algunos de ellos participaron en el festival conmemorativo del ochenta aniversario de su fusilamiento en Sheffield, Inglaterra.

Hoy, nueve décadas después de su muerte, estamos seguros de que Joe Hill permanecerá entre nosotros y que sus canciones seguirán inspirando huelgas y veladas fraternales en los sindicatos. Sin duda, el mejor homenaje que podríamos ofrecerle sería hacer realidad su sueño de un mundo sin jefes donde los trabajadores controlaran sus propias vidas y pusieran sus esfuerzos en beneficio de la comunidad y no de unos pocos individuos.

Notas:

¹ *La otra historia de los Estados Unidos*, Howard Zinn, ed. Hiru, 1997.

² *The IWW: its history, structure and methods*, Vincent St. John, ed. IWW Publishing Bureau, 1917, EEUU.

³ Ídem.

⁴ An employment shark the other day I went to see,
And he said come in and buy a job from me,
Just a couple of dollars, for the office fee,
The job is steady and the fare is free.

[...] When the clerk commenced to count, Oh holy gee!
Road, school and poll tax and hospital fee.
Then I fainted, and I nearly lost my sense
When the clerk he said: "You owe me fifty cents."

When I got back to town with blisters on my feet,
There I heard a fellow speaking on the street.
And he said: "It is the workers' own mistake.
If they stick together they get all they make."

⁵ When the union's inspiration through the worker's blood shall run,
there can be no power greater anywhere beneath the sun,
yet what force on earth is weaker than the feeble strenght of one?
But the union makes us strong.

⁶ The Workers on the S. P. line to strike sent out a call;
But Casey Jones, the engineer, he wouldn't strike at all;
His boiler it was leaking, and its drivers on the bum,
And his engine and its bearings, they were all out of plumb.
Casey Jones kept his junk pile running;
Casey Jones was working double time;
Casey Jones got a wooden medal,
For being good and faithful on the S. P. line.
The workers said to Casey: "Won't you help us win this strike?"
But Casey said: "Let me alone, you'd better take a hike."
Then some one put a bunch of railroad ties across the track,
And Casey hit the river bottom with an awful crack.
Casey Jones hit the river bottom;
Casey Jones broke his blessed spine;
Casey Jones was an Angelino,
He took a trip to heaven on the S. P. line.
When Casey Jones got up to heaven, to the Pearly Gate,
He said: "I'm Casey Jones, the guy that pulled the S. P. freight."
"You're just the man," said Peter, "our musicians went on strike;
You can get a job a'scabbing any time you like."
Casey Jones got up to heaven;
Casey Jones was doing mighty fine;
Casey Jones went scabbing on the angels,
Just like he did to workers of the S. P. line.
They got together, and they said it wasn't fair,
For Casey Jones to go around a'scabbing everywhere.
The Angels' Union No. 23, they sure were there,
And they promptly fired Casey down the Golden Stairs.
Casey Jones went to Hell a'flying;
"Casey Jones," the Devil said, "Oh fine:
Casey Jones, get busy shovelling sulphur;
That's what you get for scabbing on the S. P. Line."

⁷ Workers of the world, awaken!
Break your chains. demand your rights.
All the wealth you make is taken

By exploiting parasites.
Shall you kneel in deep submission
From your cradles to your graves?
Is the height of your ambition
To be good and willing slaves?
Arise, ye prisoners of starvation!
Fight for your own emancipation;
Arise, ye slaves of every nation.
In One Union grand.

⁸ Howard Zinn, obra citada.

⁹ One little girl, fair as a pearl,
Worked every day in a laundry;
All that she made for food she paid,
So she slept on a park bench so soundly;
An old procuress spied her there,
And whispered softly in her ear:
Come with me now, my girly,
Don't sleep out in the cold;
Your face and tresses curly
Will bring you fame and gold,
Automobiles to ride in, diamonds and silks to wear,
You'll be a star bright, down in the red light,
You'll make your fortune there.
Same little girl, no more a pearl,
Walks all alone 'long the river,
Five years have flown, her health is gone,
She would look at the water and shiver,
Whene'er she'd stop to rest and sleep,
She'd hear a voice call from the deep:
Girls in this way, fall every day,
And have been falling for ages,
Who is to blame? you know his name,
It's the boss that pays starvation wages.
A homeless girl can always hear
Temptations calling everywhere.

¹⁰ Howard Zinn, obra citada.

¹¹ In Lawrence, when the starving masses struck for more to eat
And wooden-headed Wood tried the strikers to defeat,
To Sammy Gompers wrote and asked him what he thought,
And this is just the answer that the mailman brought:
A little talk --
A little talk with Golden
Makes it all right, all right;
He'll settle any strike,
If there's coin enough in sight;
Just take him up to dine
And everything is fine --
A little talk with Golden
Makes it right, all right.

¹² The preachers, cops and money-kings were working hand in hand,
The boys in blue, with stars and stripes were sent by Uncle Sam;
Still things were looking blue 'cause every striker knew
That weaving cloth with bayonets is hard to do.

¹³ Howard Zinn, obra citada.

¹⁴ How well I do remember
That mill along the way,
Where she and I were working

For fifty cents a day.
She was my little sweetheart;
I met her in the mill
It's a long time since I saw her.
But I love her still.
Down in the Old Black Mill,
That's where first we met.
Oh! that loving thrill
I shall ne'er forget;
And those dreamy eyes,
Blue like summer skies.
She was fifteen
My pretty queen
In the Old Black Mill.
We had agreed to marry
When she'd be sweet sixteen.
But then, one day I crushed it
My arm in the machine.
I lost my job forever
I am a tramp disgraced.
My sweetheart still is slaving
In the same old place.

¹⁵ Long-haired preachers come out every night,
Try to tell you what's wrong and what's right;
But when asked how 'bout something to eat
They will answer with voices so sweet:
You will eat, bye and bye,
In that glorious land above the sky;
Work and pray live on hay,
You'll get pie in the sky when you die.

¹⁶ Howard Zinn, obra citada.

¹⁷ We're spending billions every year
For guns and ammunition.
"Our Army" and "our Navy" dear,
To keep in good condition;
While millions live in misery
And millions died before us,
Don't sing "My Country 'tis of thee,"
But sing this little chorus.
Should I ever be a soldier,
'Neath the Red Flag I would fight;
Should the gun I ever shoulder,
It's to crush the tyrant's might.

¹⁸ Don't take my papa away from me; please don't take
papa away.
Her tender pleadings were all in vain, and her father
went to the war.
He'll never kiss her good night again, for he fell 'mid the
cannon's roar.
Greater a soldier was never born, but his brave heart was
pierced one day;
And as he was dying, he heard some one crying,
A girl's voice from far away.

¹⁹ Entrevista realizada por Ken Verdoia, extraída de http://www.kued.org/joehill/early/smith_interview.html

²⁰ Entrevista realizada por Ken Verdoia, extraída de
http://www.kued.org/joehill/early/sillito_interview.html

²¹ Ídem.

²² There are women of many descriptions
In this queer world, as everyone knows,
Some are living in beautiful mansions,
And are wearing the finest of clothes.
There are blue blooded queens and princesses,
Who have charms made of diamonds and pearl;
But the only and thoroughbred lady
Is the Rebel Girl.

²³ My will is easy to decide,
For there is nothing to divide.
My kind don't need to fuss and moan --
"Moss does not cling to a rolling stone."

My body? Ah, if I could choose,
I would to ashes it reduce,
And let the merry breezes blow
My dust to where some flowers grow.

Perhaps some fading flower then
Would come to life and bloom again.
This is my last and final will.
Good luck to all of you.

²⁴ Well I've got a hammer
And I've got a bell
And I've got a song to sing
All over this land
It's the hammer of justice
It's the bell of freedom
It's the song about love between my brothers and my sisters
All over this land.